

BIBLIOTECA NACIONAL

Año I

San José, 31 de marzo de 1899

NÚMERO 8

Director de la Biblioteca,

Bernabé Quirós

Redactor de esta hoja,

Máximo Soto Hall

CONDICIONES

Esta hoja, órgano de los intereses de la Biblioteca Nacional, verá la luz pública en la primera quincena de cada mes. La suscripción es gratis y se le dará al que la solicite. Los trabajos sobre bibliografía patria ó extranjera ó sobre instrucción pública tendrán siempre cariñosa acogida en sus columnas, toda vez que la redacción las juzgue de utilidad general.

Un bienhechor de la humanidad

PEDRO DE BETANCOURT

(:o:)

“Pedro de Betancourt,—dice Chateaubriand—hermano de la orden de San Francisco, hallándose en Guatemala, ciudad y provincia de la América española, apiadóse profundamente, de la suerte de los esclavos, que no tenían un lugar de refugio en sus enfermedades. Y habiendo obtenido en calidad de limosna una casucha, donde tenía una escuela para los pobres, construyó en ella una especie de enfermería que cubrió de pajas, con el fin de alojar á los esclavos faltos de todo abrigo. No tardó mucho en dar con una negra, estropeada y abandonada por su señor. Inmediatamente, el santo religioso, puso á la esclava sobre sus hombros y, feliz con su carga, llevaba á la pobre mansión que el llamaba su hospital. Después recorrió toda la ciudad en busca de socorros para la negra. Esta no sobrevivió largo tiempo á tales favores de la caridad; pero, vertiendo sus últimas lágrimas, prometió á su enfermero celestiales donativos, que á su tiempo recibió.

“Muchas personas acaudaladas, rendidas por sus virtudes, dieron á Betancourt fondos que permitieron ver, muy en breve, la humilde casa de la negra, convertida en un gran hospital. Este religioso murió pobre; el amor á la humanidad, consumió su corazón. Tan pronto como la noticia de su muerte circuló, pobres y esclavos, acudieron presurosos al hospital, para ver por vez última á su bienhechor. Besaban sus

pies, cortaban pedazos de su hábito; querían despezarlo para llevarse alguna reliquia, y lo hubieran hecho si no se hubieran puesto guardias para cuidarlo; se creería que era el cuerpo de un tirano defendido de las iras del pueblo y era el de un infeliz fraile que se arrebatava al infinito amor que había despertado en los menesterosos.

La orden fundada por el hermano Betancourt, se extendió después de su muerte; la América entera se cubrió de hospitales servidos por hermanos que tomaron el nombre de Bethlemitos. Esta era la fórmula de su profesión de fé: “Yo, hermano..... hago voto de pobreza, de castidad, y de caridad, yy me comprometo á servir á los enfermos pobres, aunque sean infieles y se encuentren atacados de enfermedades contagiosas.” (1)

Lo que dice el gran escritor francés, es pálido encomio, tratándose del hermano Pedro que puede figurar entre los grandes filántropos del mundo, entre los héroes oscuros, que han consagrado su vida, sus fuerzas, su alma al servicio de la humanidad doliente.

A ejemplo de San Francisco de Asís, no conoció el orgullo, ni el asco, ni la fatiga cuando se trataba de regar el bien sobre la humanidad. El conducía sobre sus espaldas á los enfermos, velaba junto á ellos en sus noches sin sueño y agitados por el dolor; pedía sin cesar para ellos; sufría sus injurias, aliviaba sus padeceres y aligeraba el peso de sus conciencias. Fué preciso lamer por orden de un facultativo, de aquel entonces las llagas de un leproso, y el hermano Pedro, puesto de rodillas puso sin asco su lengua sobre la fetidez y la verdosa purulencia de las llagas. Nada podía turbar su angélica alegría. En nada encontraba sacrificio. Practicar el bien, era su ideal.

Este hombre sencillo y grande, nació en la aldea de Villaflor, en Tenerife, Islas Canarias, en marzo de 1626. Sus padres Amador González de Betancourt, descendiente directo de don Juan de Betancourt, protegido de la Reina Catalina y Ana García ambos gente piadosa que lo educaron en la fe de Cristo y en el conocimiento amplio y firme de la caridad, del amor al prójimo, de la fraternidad humana. Muy joven partió para la Habana lleno de filantrópicos pensamientos y de allí salió en una embarcación que iba con rumbo á un puerto de Honduras llevando mercaderías para Guatemala.

Guatemala—repitió al oír este nombre, y después de quedarse un momento pensativo agregó:—á esa ciudad quiero ir, porque con interior júbilo y superior fuerza, me siento inclinado á caminar á ella,

(1)—Chateaubriand—“Génie du christianisme” Tom. IV—Cap. II—Pág. 7

luego que la he oído nombrar siendo esta la vez primera que oigo su nombre." Y cuando pisó el suelo de Guatemala, bajo aquel cielo límpido, en medio de una exuberante y poderosa naturaleza, se arrodilló sobre un puente que daba paso á la entonces capital, y doblando la frente, besó la tierra de aquel país, donde su alma, ensanchada por la caridad, debía extenderse hasta abarcar todos los dolores, todas las angustias, todas las agonías.

Aspira Pedro á ser sacerdote, pero su cerebro, á la inversa de su corazón, era tan limitado, que no consigue nunca dominar ni los rudimentos del más grosero latín. Tres años luchó con su impotencia; pero sintiéndose vencido, salió de Guatemala en busca de una misión que lo llevara al martirio. Al pasar por el pueblo de Petapa, se encontró con una imagen de la Madre de Dios y postrándose ante ella, rogó que lo iluminase, que lo consolase. Después de una larga oración, levantóse tranquilo; desandó lo andado y volvió á la ciudad. Había tenido una inspiración divina; la de dedicarse á los pobres á los dolientes, á los abatidos por los golpes de la enfermedad. Tomó el hábito de la Tercera Orden y se retiró á la Hermita del Calvario.

Aquí comienza su vida gloriosa. Puede despojarse de sus hábitos y omitirse su espíritu religioso; puede suprimirse al fraile, y borrarse al creyente: queda el hombre, el hombre superior, el que como las hijas de Vicente de Paúl, no tuvo más norma que el bien, más guía que la virtud, ni más misión que la caridad. Enseñaba á leer y escribir á los niños pobres, los vestía y los aseaba; conducía de la mano á los ciegos, servía de apoyo á los ancianos, consolaba á los tristes. Cuantas veces, en medio de la lluvia, se le vió caminar arrimado á la pared, llevando sobre sus hombros algún enfermo. Donde había una pena, una miseria, allí estaba él. En las noches cruzaba las calles tañendo una campanilla, cantando versos que exortaban el bien, y colectando fondos para el sufragio de las almas de los muertos y aliviar las aficciones de los vivos.

No predicaba, pero tenía la elocuencia de sus acciones. Su ejemplo, obligó á muchos á seguirlo. Don Rodrigo de Arias Maldonado, ex-Gobernador de Costa Rica, conquistador de Talamanca, marqués de igual nombre, joven hermoso, querido, dejólo todo para ir en busca de los llagados, de los agonizantes, de las hediondeces de la materia podrida y de las injurias de las almas desesperadas. Fué la primer columna en que descansó el gran edificio fundado por Pedro. Fué el primer bethlemita.

El día 25 de abril del año 1667, aquel bienhechor de la humanidad, consumido en el fuego de amor al prójimo que lo abrasaba, dejó el mundo por donde había pasado, como una exhalación dejando una cauda luminosa á su paso. El pueblo lo venera como santo. Su sepulcro es lugar de eterna peregrinación. Frente al nicho que guarda sus restos en el que fué gran templo de San Francisco, se consumen en su llanto de cera multitud de cirios y en las paredes, cuelgan por centenares los votos. Feliz el que pudo enjugar el llanto y aliviar el dolor. ¡ Feliz el que fué bueno!

UNA OBRA IMPORTANTE

Cuán pocos en nuestros países se dedican á la árdua tarea de registrar los archivos y extraer de ellos los trozos inapreciables que encierran. Si bien reflexionamos tal abandono es motivado. Por una parte el trabajo es abrumador y difícil; por otra, nuestro público lo aprecia poco y los frutos que se obtienen son insignificantes. No hay remuneración para tan valiosa empresa.

Cómo, pues, no encomiar llenos de entusiasmo la obra que acaba de dar á luz el infatigable é ilustre patricio don Francisco María Iglesias. En ese tomo de apenas 303 páginas se encierran joyas de inestimable precio. Se trata de documentos relativos á lo que aconteció en Costa Rica en la gloriosa época de la independencia y en los dos años que la siguieron. Como muy bien dice el autor en su interesante prólogo, los acontecimientos referidos permanecieron hasta hace poco tiempo en tinieblas. Ni García Peláez, ni Marure, ni Montúfar, (Manuel) ni Molina, ni Gómez Carrillo, ni González Sarabia, ni Darío González, agregamos nosotros, dicen nada preciso sobre este importante período de la historia de una de las fracciones de Centro América. Al ilustre escritor costarricense don Francisco M^a Iglesias se debe ese trabajo que Costa Rica en particular y Centro América en general nunca acabarán de agradecer tanto como se merece.

Y es el caso que esos trabajos no han sido sacados de un archivo más ó menos ordenado, sino de un montón heterogéneo de papeles, tan llenos de importancia algunos, como insignificantes otros, y que fué preciso leer y estudiar todos; quebrar y machacar todo un monte de carbón para extraer unos pocos diamantes; remover muchas toneladas de broza para obtener unas cuantas onzas de oro.

Así nos refiere el autor la historia de su interesante libro:

Después de hablarnos de sus inútiles trabajos para encontrar los documentos ansiados que debían verter luz sobre este pedazo de nuestra vida, dice:

"Cuando ya había perdido casi la esperanza de lograr tan importantes documentos, y hubiera de buena gana sacrificado todos los de igual clase acumulados, á cambio de los que solicitaba; puesto que lo que fué al principio una idea sin firmeza, llegó después á ser, casi una convicción, y cuando creía ya inútil toda insistencia, llegó un día á mi despacho don Bernabé Quirós, á cuyos cuidados y perseverante buena voluntad se debe la conservación de una parte considerable de manuscritos, y la colección mejor que existe en Costa Rica de impresos y periódicos de otros tiempos, preguntándome: qué hacía con una gran porción de papeles y cuadernos que había recogido de *varios rincones y pasadizos* en el Palacio Nacional, á lo cual contesté naturalmente, que los entregase á las personas que incontinenti mandé á recogerlos. De aquella informe acumulación de papeles estropeados y polvorientos, extraje al tercer día de su examen y arreglo el ansiado documento, que como se vé, estuvo expuesto como tantos otros á desaparecer en algún basurero ó á servir á otros usos como papel inútil.

Con gran placer ví en el primer rápido examen que hice de dichas actas, que mi previsión estaba realizada, y con este motivo manifesté, que estimaba más ese hallazgo, que el de un valioso tesoro; y que para aprovecharlo, y no exponerlo de nuevo á desaparecer, era preciso publicarlo, lo mismo que todos aquellos documentos de importancia histórica que había encontrado y que siguiesen apareciendo en el examen y arreglos subsiguientes.

Al efecto me dediqué á la selección de esas actas y al estudio especial de todo lo que en ellas ofreciese algún interés histórico, y solicité copistas idóneos para preparar de este modo su publicación. Emprendida ésta y cuando estaba arreglando todo el material para el primer volumen y acumulados y en copia también otros muchos documentos para un segundo tomo, sobrevino mi separación de los Archivos Nacionales y la dolencia ocular que me afligió por varios años, ocasionándose así, que esta publicación y estudios fuesen interrumpidos.

Esto no obstante, yo no hice, ni he hecho un misterio de mis descubrimientos históricos, y con todo gusto y sin egoísmo alguno me apresuré á comunicarlos á cuantos de dentro y fuera del país solicitaban conocerlos, y algunos los obtuvieron en la Imprenta Nacional, donde la publicación se estaba haciendo. De este modo se explica que en las publicaciones posteriores al año de 1883, aparezcan ya nociones más exactas sobre la primera época de nuestra independencia!"

¡Qué hermosa sinceridad hay en estos párrafos y cómo se trasparenta en ellos el alma generosa del patriota!

Obras como la que nos ocupa, deben ser consideradas como monumentos patrios y sus autores venerados como bienhechores de la Nación.

Reciba nuestros parabienes el ilustre escritor y político que en todo tiempo ha sabido consagrarse á la hermosa tierra que lo vio nacer.

INTERESANTE

La gran influencia que no sólo para Guatemala sino para toda Centro América, tuvo la Sociedad Económica en lo tocante al desarrollo de las ciencias y de las artes, nos hace creer que se verá con gusto la publicación de algunos datos sobre tan importante Centro. Los datos dicen así:

El día 27 de agosto del año de 1794 se reunieron en casa del señor Oidor don Jacobo de Villa Urrutia los señores doctores Antonio García Redondo, don Josef Flores y don Josef Sierra, Juan Ignacio Barrios y Francisco Barrutia con el objeto de tratar del establecimiento de una Sociedad Económica de amigos del país.

Dieron aquellos varones ilustres el nombre de *Tertulia patriótica*, á sus juntas, y todo el resto del año se ocuparon

en sesiones periódicas en el estudio y redacción de los reglamentos del instituto que se proponían fundar.

El 17 de mayo del año siguiente, y con más numeroso concurso de personas, entre las que figuraban García Aguirre, célebre artista, maestro de la escuela de grabado; don Martín Barrundia, que después fué promotor del establecimiento de la escuela de hilados; don Antonio Lindo de Goicoechea, el fraile infatigable que se encontraba doquier que se trataba del adelanto y del bien de su país, y de otras personas beneméritas, las cuales en una exposición célebre que se conserva en los archivos de nuestra biblioteca, dieron cuenta al Oidor señor Jacobo de Villa Urrutia de la fundación de aquel centro, de las constituciones que habían redactado para que los rigiera, y del permiso que al mismo tiempo se habían impetrado de Carlos IV para que pudiese funcionar legalmente la sociedad.

El permiso no se hizo esperar largo tiempo, caso extraño en los procedimientos de aquella época, y el 12 de diciembre de 1796, fué dado á aquellos patriotas el reunirse en sesión pública é instalar debidamente la sociedad que debía tener pocos años de vida en su primer período, pero que prometía tantos y tantos beneficios para la colonia abandonada y triste que se llamaba Guatemala.

Y no pasó mucho tiempo sin que se hiciesen sentir los efectos de aquella congregación de hombres amantes de su país.

Se fomentó el cultivo del cacao, escribiéndose por personas doctas, memoriales para dar á conocer el mejor método para su más abundante producción, y cuyas memorias bien coleccionadas se conservan cuidadosamente en la Biblioteca Nacional.

Don José María Peinado hizo venir semillas de gusano de seda y á él se debe el primer ensayo sobre esa industria, que por desgracia hasta ahora no ha podido aclimatarsen en nuestro país, á pesar de los esfuerzos del segundo Marqués de Aycinena, efectuados en el presente siglo.

El naturalista don José Mociño, miembro de la célebre comisión que en tiempo de Carlos IV se envió á Nueva España y á Guatemala para el estudio de nuestra flora, se ocupó aquí en hacer estudios con el fin de terminar el punto del Jiquilite, y con tan buen resultado, que á él se debió el que prosperasen los obrajes en la costa atlántica de la provincia del Salvador, así como los que nosotros tuvimos en la de Escuintla y que fueron destruídas por orden del Rey, con motivo de la aparición de fiebres mortíferas en aquella localidad, que no habían sido calificadas, pero que probablemente era la *amarilla*, que con frecuencia azota á dicha región.

Don Juan Reyes, con semillas que le proporcionó la misma Sociedad Económica, fué el primero que hizo el ensayo del cultivo del lino, y no tardó mucho tiempo sin que presentase muestras de sus trabajos que le valieron premio.

Se estableció en Pinula una escuela de hilados que pronto dió muestras de no ser vanos los trabajos del célebre instituto.

En Quezaltenango se fomentaron las fábricas de pañetes; y tanto progresó aquella industria que no paso mucho tiempo sin que los productos nacionales compitiesen con los traídos de Europa.

Por un error económico disculpable, puesto que del mismo padecían las naciones más adelantadas del Viejo Mundo, se establecieron entre nosotros los gremios de artesanos, reglamentándose todos los oficios, bajo un sistema de protección para los del gremio y de exclusivismo para los que á él no pertenecían.

Pero la sociedad hizo más: fundó una escuela de matemáticas, bajo la dirección de don Joaquín Gálvez; estableció la escuela de dibujo, semillero de aquellos nuestros buenos artistas de principios del siglo, que se llamaron Casildo España, Cabrera, Rosales y otros, que por desgracia no han dejado discípulos.

Don José Longino Martínez fundó el primer gabinete de Historia Natural, base del que hoy posee la República y que se encuentra en la Escuela de Medicina.

Y por último, se ofreció una medalla de oro al que presentara una memoria en que se diera el método bien probado de que los indios vistiesen á la española.

Compitieron en aquel certamen varios individuos de lo más conspícuo de la época, y obtuvo el premio Fray Matías Córdoba, el célebre poeta de quien me he ocupado ya.

El segundo premio lo llevó el Doctor Rayón, sabio betlemita, que escribió un tratado interesante que nos suministra datos muy dignos de consideración y estudio, sobre el estado social y económico de aquella época.

El rumbo que iban tomando las cosas, dice don Lucas Alaman, puso en alarma al gobierno de la Metrópoli, quien emitió un decreto célebre, impidiendo el estudio de la filosofía moderna en Venezuela y mandando cerrar la sociedad patriótica de Guatemala.

Nuestro sabio compatriota don José Mariano González, en un discurso pronunciado en el año de 1852, en el cual hacía una reseña histórica de aquel simpático cuerpo, dice entre otras cosas lo siguiente: "Cuando ella contaba ya seis años de faenas y de glorias; cuando del catálogo de sus individuos, publicado el 1º de mayo de 1799, resultaba tener, fuera de los once vocales de su junta de gobierno y de 22 ó 23 socios natos, 86 asistentes, 63 corresponsales, 4 de mérito y 9 honorarios; cuando entre éstos se hallaban el Excelentísimo señor Virrey de Méjico y los ilustrísimos señores Arzobispo de Guatemala y Obispos de Chiapas y de Nicaragua, y los de Antequera, Michoacán, Guadalajara y Nuevo León; cuando esos venerables pastores, los ungidos del Señor, auxiliaban á este cuerpo en sus tareas, y le colmaban de alabanzas, y cuando el rey mismo, después de haber autorizado la erección, acababa de declarar por cédula de 15 de julio de 1799 "que merecía su real aprobación el zelo del Director Villa Urrutia y de los socios, por la prosperidad de tan útil establecimiento," vino á suspender sus juntas, actos y ejercicios, ó mejor dicho á disolverle, la manija torpe y opresora del Secretario de Gracia y Justicia don José Antonio Caballero, expidiendo la nefanda orden mi-

nisterial del 25 de noviembre del citado año de 99. ¡Hombre inícuo, cuyo negro corazón encendió contra nosotros el marqués Branciforte; y que mientras que por una parte sofocaba en Guatemala la voz del patriotismo, por otra apriionaba en el castillo de Bellver al inocente Jovellanos!

La sociedad volvió á restablecerse en 1810, continuando su obra patriótica por muchos años, inspirada por el progreso que procuró fomentar en Guatemala, protegiendo los estudios de las artes y de las letras, fomentando nuevos cultivos é inaugurando la primera de nuestras exposiciones nacionales.

Todo de lo que de conspícuo ha producido Guatemala en este siglo pasó por sus salones. Ser socio de aquel instituto se consideró siempre como un mérito de los más elevados en el país. Los nombres de Villa Urrutia, Goicoechea, Dighero, Valle, Larrave, Córdoba, Rayón y otros, vivirán eternamente en nuestra historia con el timbre de personas progresistas y amantes á su país.

(Ramón A. Salazar.—Historia del Desarrollo Intelectual de Guatemala.) Tom. I.—Pag. 261.

NOTAS

Contraviniendo nuestro programa, hasta hoy cumplido religiosamente, retuvimos la publicación del Boletín hasta las postrimerías del mes, con la esperanza de no faltar en la publicación del catálogo; sin embargo todo nuestros esfuerzos han sido vanos. Tocábanos en este número dar comienzo á la sección Costa Rica y deseando que esta comprendiese desde las primeras hasta las últimas publicaciones hechas en el país, nos hemos visto precisados para presentar un trabajo concienzudo, á esperar hasta el número próximo para su publicación. Para entonces ofrecemos á nuestros lectores, como compensación del retraso, doce páginas en vez de ocho, y ocho completas, dedicadas á catálogo.

Muy enfermo ha estado el señor Director de la Biblioteca don Bernabé Quirós. Felizmente el eficaz auxilio de la ciencia y la energía de su constitución guardada por una vida de orden y método, han conseguido su mejoría y esperamos muy en breve verlo completamente curado.

En otra parte hablamos de la última interesante publicación hecha por el notable costarricense, don Francisco María Iglesias, y grato nos es aquí anunciar la próxima aparición del segundo tomo de esa importante colección de valiosos documentos.